

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Vida universitaria

Cuadernos del Archivo de la Universidad **31**

Lima, 2002

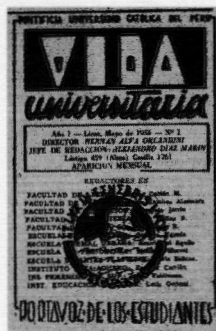
Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo
Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Vida universitaria ofrece, en sucesivas entregas, los distintos aspectos del discurrir académico-administrativo de la Universidad Católica desde 1917. Lleva el acertado nombre de un importante portavoz de los estudiantes de la PUCP, cuyo primer número apareció en mayo de 1955, bajo la dirección de Hernán Alva Orlandini.



Pontificia Universidad Católica del Perú

Vida universitaria

.- Lima: PUCP, 2002.

45 p.; 20 cm.- (Cuadernos del Archivo de la
Universidad; 31)

Archivo de la Universidad PUCP
Apartado 1761 - Lima 100, Perú
Correo electrónico: archivo@pucp.edu.pe
Fax: (511) 261 9030



**El profesor *Onorio Ferrero* luego de una de sus memorables
clases de *Historia de la Cultura* en segundo año de Letras
Plaza Francia (Lima, 1964)**

Foto por José Gushiken

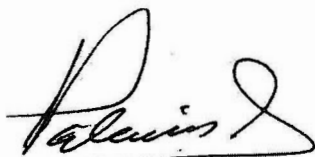
Presentación

Los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* no son un vocero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pero sí una publicación de relativa periodicidad que nos trae de tiempo en tiempo el recuerdo de hechos, a manera de anecdotario, ocurridos en el pasado y, especialmente, de personajes que tuvieron que ver con la vida de la Universidad Católica.

En mayo de 1955 apareció la revista *Vida universitaria*, portavoz de los estudiantes de la UC. Retomando ese nombre, a partir de este número, los *Cuadernos* recogen los distintos aspectos de carácter académico y administrativo ocurridos desde 1917, año de la fundación de la Católica. Esta vez, sirviendo de cuna al recuerdo y a la memoria de acontecimientos del pasado, *Vida universitaria*, acoge el relato del recordado maestro y jurista doctor Ernesto Alayza Grundy, quien nos entrega apuntes valiosos sobre la Facultad de Jurisprudencia en la década de los años 30, así como el doctor Alberto Wagner de Reyna se refiere a la Universidad durante el mismo periodo.

Completan la selección de relatos de este número una mirada al antiguo local de la Universidad del exalumno Camilo Carrillo acerca de *Un patio, un zaguán y una pileta*. Alfredo Vignolo, en cambio, nos recuerda los primeros años de nuestra casa de estudios con su relato *La Católica: una limosna y 10 alumnos*. Luis Jaime Cisneros, con la maestría que lo caracteriza, habla de la importancia del TUC y de su actor más representativo, Ricardo Blume. También don Héctor Velarde nos trae a la memoria lo que es la *Casa del Instituto Riva-Agüero*, a la vez que Daniel Díaz Herencia hace la *Semblanza de un exalumno*.

Anhelamos que los *Cuadernos* sigan siendo el manantial inagotable del recuerdo de la vida y de los hechos de la Pontificia Universidad Católica del Perú y que en sus páginas se encuentre siempre la fresca evocación de su glorioso pasado sirviendo de terreno fértil para un futuro mejor.



Hugo Palacios Gomero
Profesor principal
Departamento de Ciencias Administrativas

Recuerdos de la Facultad de Jurisprudencia de la UC en la que yo estudié y me gradué, entre 1932 y 1937

Ernesto Alayza Grundy

Cerrada la Universidad de San Marcos por el Gobierno el 15 de abril de 1932 en cuya Facultad de Derecho había aprobado el primer año, me matriculé en la Universidad Católica en julio siguiente, en el segundo año de su Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Políticas. Conmigo hicieron igual matrícula mis compañeros de la Recoleta y otros sanmarquinos más, provenientes de otros colegios. Este grupo, más el que estudiaba desde el primer momento, formamos una promoción de una veintena de alumnos, unida como si todos tuviéramos la misma historia universitaria. No menciono nombres para no incurrir en errores que no pueden corregirse más tarde, pero puedo afirmar con satisfacción que en esta corta promoción surgieron catedráticos universitarios de relieve, magistrados supremos de alto nivel, abogados que ejercieron su oficio en el estilo de profesión liberal que era el dominante en la época y negociantes con éxito en diversas ramas del comercio.

Los estudios se hacían por el sistema de currícula obligatoria y cerrada anual, que era la vigente en esa época en nuestras universidades, y como el alumnado no era numeroso se aplicaba un sistema rotativo que permitía encomendar a un profesor una carga docente que la desempeñaba rotando las asignaturas de un año a otro. Cuando era necesario nos juntábamos dos promociones sucesivas, sin alcanzar a doblar el número de los estudiantes.

La Facultad estaba orientada a la formación de magistrados y abogados, siendo por ello auténticas escuelas profesionales; la investigación y la proyección social empezó a practicarse en nuestras universidades cuando yo ya estaba graduado y fuera de las aulas. Este cambio ha sido sin duda el mayor que ha experimentado la actividad universitaria en el Perú durante mi vida, con excepción de la fundación de la Universidad Católica que abrió el camino para las nuevas universidades que hoy conocemos.

Nuestros profesores fueron cumplidores de su delicada misión con un nivel profesional que los hacía respetados y muy apreciados por su alumnado. Es interesante mencionar la planilla de quiénes fueron mis profesores entre 1932 y 1935, en que terminé los estudios graduándome de abogado en 1937. Con esta relación comprobaremos que no serían en nivel a las demás facultades de Derecho del país. Ellos fueron los siguientes:

A. Derecho Privado

I. Derecho Civil

1. *Personas*: profesor de San Marcos
2. *Cosas*: Carlos Arenas y Loayza
3. *Obligaciones y Contratos*: Rosendo y Carlos Badani
4. *Familia y Sucesiones*: Neptalí Chávarri

II. Derecho Mercantil

1. *Derecho Mercantil General*: Juan Mariano Velasco
2. *Derecho Comercial Marítimo*: Juan Mariano Velasco
3. *Derecho Minero y Petróleo*: Juan Mariano Velasco
4. *Derecho de Aguas*: Juan Mariano Velasco

III. Derecho Internacional

1. *Derecho Internacional Privado*: José Félix Aramburú

B. Derecho Público

I. Constitucional General: profesor de San Marcos

1. *Derecho Constitucional Peruano*: Víctor Andrés Belaunde

II. Derecho Administrativo General y del Perú: Toribio Alayza Paz Soldán

III. Derecho Procesal Civil

1. *General y Juicio Ordinario*: Raúl O. Noriega
2. *Juicios de menor cuantía y procesos especiales*: Raúl O. Noriega

IV. Derecho Penal: Alberto Benavides Canseco

V. Derecho Procesal Penal: Alberto Benavides Canseco

VI. Criminología: F. Quiroz Vega

VII. Derecho Internacional Público: José Félix Aramburú

C. Otros

I. Filosofía del Derecho: Teobaldo Gonzales

II. Derecho Romano: José Félix Aramburú

III. Finanzas Públicas: José Félix Aramburú

IV. Economía Política: profesor de San Marcos

V. Historia del Derecho Peruano: Jorge Young Bazo

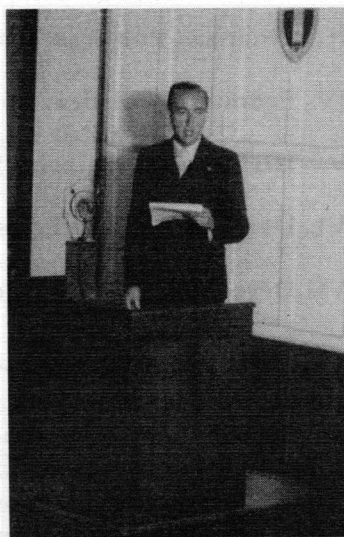
VI. Derecho Público Eclesiástico: Mons. Rubén Berroa

VII. Derecho Canónico: Mons. Rubén Berroa

Nuestra casa de estudios era unas cuantas aulas del antiguo Colegio de los Sagrados Corazones de la Recoleta facilitados por su propietario como contribución en favor de la Universidad. Esas aulas se encontraban en la parte menor del antiguo local de ese colegio dividido al hacerse la apertura de la avenida Uruguay en 1924. De allí que los patios fueran pequeños y que no hubiere facilidades a las que estábamos acostumbrados como la biblioteca, el gimnasio y, sobre todo, las bancas de los grandes patios cuadrangulares del antiguo Convictorio de San Carlos donde habíamos hecho los primeros estudios universitarios de Letras y de Derecho. En cambio, la relación con el rector y el secretario general, que eran respectivamente el P. Jorge Dintilhac S.S. CC. y el doctor Javier Correa Elías, eran frecuentes y fáciles tanto por el acercamiento amistoso de ambos a los alumnos como por su decidida vocación de

crear la comunidad universitaria como hecho real que unificaba internamente a todos sus miembros sin menoscabo alguno de sus derechos y obligaciones. Nuestros profesores contribuían con su actitud en el mismo sentido, debiendo recordar que más de uno prestaba a la biblioteca en formación obras de su propiedad para su uso por los estudiantes. A mi promoción le tocó recibir la docencia de dos exalumnos de la propia Universidad, con los cuales se iniciaba la renovación de los catedráticos con sus propios frutos. Esos dos profesores fueron Juan Mariano Velasco y Jorge Young Bazo, a quienes más tarde seguimos en la docencia Raúl Ferrero Rebagliati, Andrés León Montalván, Raúl Vargas Mata y quien escribe estas líneas. Como abogado en juicios civiles destacó singularmente Mario León y León.

No fui un alumno sobresaliente porque más me interesaba en la actividad de los Centros de Juventud Católica y en las relaciones universitarias internacionales con México y Chile principalmente. Alguna vez el doctor Arenas y Loayza me llamó amistosamente la atención sobre el particular, lo que pone de manifiesto la relación existente entre maestros y alumnos. Algo parecido me ocurrió también con el doctor Alberto Benavides Canseco. El estudio del Derecho no me atraía hasta que mi actividad como practicante en el Estudio del doctor Jorge G. Velaochaga, fundador de la UC, y el haber encontrado intacto en librerías de viejo el texto de Planiol-Ripert de *Derecho Civil* (3 tomos) y el *Derecho Constitucional* de Duguit que leí en la Universidad, me acercaron a los estudios jurídicos en los que he procurado no perder el paso aunque sólo para fines profesionales.



*Don Ernesto Alayza Grundy
en el Primer Congreso
Eucarístico Nacional
Lima, octubre de 1935*

El título de abogado en la Universidad Católica se obtenía en mi tiempo mediante un examen ante un jurado oficial constituido por

dos funcionarios designados por el Ministerio de Educación, a los que se unían tres miembros más, dos designados por la Facultad de Derecho de San Marcos y el Colegio de Abogados de Lima, y el tercero el decano de nuestra Facultad. A los exámenes accedían los bachilleres graduados por la misma Universidad mediante una monografía o tesis de materia jurídica. El examen para el título de abogado consistía en la exposición y análisis crítico de dos procesos judiciales, uno de carácter privado y otro de carácter penal a lo que seguían las preguntas de los examinadores y su debate con el graduando. Los diplomas los expedía a nombre de la Nación el presidente del Jurado Oficial y lo refrendaban las autoridades de la Universidad y de su Facultad de Jurisprudencia con lo que quedaban listos para su inscripción en los colegios de abogados del país.

Mucho y bueno podría decir de recuerdos personales de mis profesores pero no me atrevo a hacerlo por carecer de las condiciones literarias necesarias. Sin regatearle a ninguno sus méritos debo mencionar a alguno de ellos como don Carlos Arenas y Loayza, fundador y vicerrector de la Universidad, con mentalidad clara, sólida formación jurídica, expositor elocuente y con definida vocación de servicio a la Iglesia y al país demostrada en múltiples casos; a don José Félix Aramburú que tenía a su cargo las que yo considero las asignaturas más difíciles de nuestros estudios, que eran expuestas en análisis luminosos y precisos manteniendo sin confusión las líneas analíticas del temible *Derecho Internacional Privado* o de las instituciones jurídicas de la antigua Roma; y a don Juan Mariano Velasco, minero por vocación y jurista por formación personal alcanzada con tesonera dedicación hasta llegar a un dominio cabal, teórico y práctico, en las asignaturas que nos enseñaba particularmente en el *Derecho Mercantil* y el de *Minería y Petróleo*.

He dejado para terminar estos recuerdos la personalidad del doctor Raúl O. Noriega, siempre medido y fino, muy exigente en pedir rendimiento a los alumnos como generoso en hacer lo posible para una enseñanza que empezaba con la terminología jurídica del Derecho Procesal y se coronaba con la exposición magistral de las instituciones y juicios de nuestro recordado Código de Procedimientos Civiles. El doctor Noriega fue por todo ello decano y magistrado respetado por todos quienes recibimos sus sabias lecciones.

Un patio, un zaguán y una pileta

Camilo N. Carrillo Gómez

Cerca a una esquina en la plazoleta de la Recoleta se abría la puerta, alta, grande, inmensa se diría, como invitando a pasar. Un único ambiente de entrada mostraba a la izquierda una ventana corrida a la imaginación y a las necesidades administrativas de los alumnos. Escritorios antiguos, libros de registro y papeles, muchos papeles, completaban el decorado de esta pequeña secretaría de la Facultad de Letras que hasta entonces se resistía a crecer. Luego, pasando a la derecha, en lo que no llegaba a ser un arco, había una modesta mesita de madera con un letrero de sección triangular con placa de bronce que en algún buen año había sido esmaltada con letras en negro donde apenas alcanzaba a leerse todavía: *Informes*. Era este precario lugar el sitio desde donde atendía con aires de casa propia, en una extraña combinación de mandonería y cariño, el *zambo* Emilio Lister.

A continuación ingresábamos al patio, ese pequeño y acogedor patio que el recuerdo de nuestra juventud sobredimensiona hoy en su tamaño material. El decanato se encontraba entrando a la derecha. Siempre fue, a diferencia de la secretaría, abierta a la imaginación, un país misterioso sin importar quién lo ocupara; silencioso, solemne, importante. Es que la función sostenía gran prestancia que los muchachos apenas alcanzábamos entonces a vislumbrar.

Hace poco volví al patio. Está allí mismo y hasta se diría que no ha sufrido reformas sustanciales; sin embargo, insisto, su tamaño es otro, del todo distinto como distinta es inversamente la percepción de la vida vista desde los años iniciales. Ahora reconozco su piso de ladrillos raídos por el uso, los añosos árboles de tipa que pese a todo aún subsisten enhiestos, discretos, silenciosos confidentes de la urdimbre de afectos que bajo sus sombras se tejieron. Cómo no recordar con cariño este viejo local que nos recibió dentro del sano optimismo que el medio siglo peruano ofrecía a la juventud de entonces.

Sus aulas, que no eran muchas, comprendían además de dos pequeñas situadas a la izquierda y al fondo, un viejo salón de actos del antiguo Colegio de la Recoleta, cuya parte delantera, elevada a modo de escenario, mostraba en su lugar preferencial una magnífica imagen del Corazón de Jesús en madera, esculpida por don Adolfo Winternitz, la misma que era discretamente desplazada cada vez que llegaba el mes de octubre y se celebraba la semana universitaria, y entonces ese largo salón de clases magistrales recobraba súbitamente su antigua condición de lugar de actuaciones. Las comedias, los *sketchs*, las risas y las ruidosas carcajadas de los jóvenes, sumadas a los números literario-musicales, completaban la parafernalia anual de un variopinto grupo humano que había encontrado allí mucho más que un centro de convergencia, un lugar de maduración personal a riesgo variable.

Volver a contemplar este local, que normalmente partía en dos mitades una mampara plegable, convoca a escuchar nuevamente las permanentes lecciones que allí se dictaron. Regresan así por la magia de la vista, como si permanecieran grabadas en sus muros, las palabras de Onorio Ferrero, de Luis Jaime, del padre Dammert, de Raúl Porras, del padre Gerardo Alarco, de José Agustín, de Josefina Ramos, y es que en verdad sus voces nunca se desvanecieron, han quedado allí para siempre como en nosotros, pese a los largos silencios que el tiempo aprende a marcar en el complejo mundo de los adultos.

Más allá de los salones vacíos que hoy apenas se pueden visitar, la evocación de ese patio lleno de juventud, y por tanto de vida y de esperanza, constituye un refrescante ejercicio de amor por lo vivido y por lo nuestro. Al contemplar ahora a una distancia de cuarenticinco años sus puertas y ventanas luciendo una pintura marrón destinada a disimular con sigilo su vetusto origen y unos pisos de madera a listones, otrora lustrados a petróleo, confirmo lo que entonces se me enseñó, que sólo el espíritu puede hacer de las cosas lo que la materia no alcanza a lograr: ofrecer dentro de las limitaciones existentes un marco superior capaz de perdurar sobre los avatares de los años y de la vida. Y es que en ese patio era la vida misma la que bullía, algunas veces con más que menos estruendo, otras susurrante, siempre sugerente.

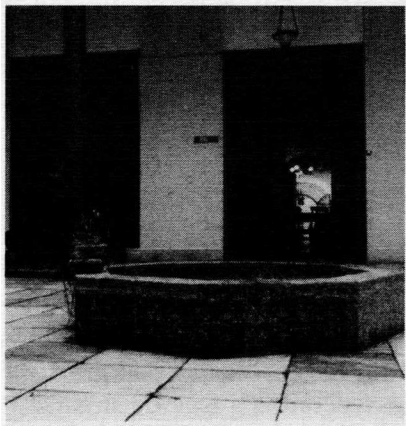
El cambio de local anunció otros más importantes que pronto se darían en la vida de la Universidad. Al igual que su predecesor del frente, allí el portón de calle accedía directamente a un gran zaguán con sólo una pequeña puerta a la izquierda que permitía ingresar en las habitaciones que daban a la calle, comprendiendo ellas otro portón de dimensiones casi semejantes al principal. Debió haber sido el antiguo ingreso a la casona. Años más tarde se abrió allí una ventana con el objeto de hacer de la atención de la secretaria de la Facultad un asunto menos personal, más formal, independizando la administración de alumnos y profesores.

El gran ambiente abierto que seguía al zaguán tenía caminos empedrados, de antigua data. A diferencia del viejo patio del frente, éste era amplio, muy amplio, sin árboles y con mucha luz. Siempre extrañé la ausencia de una buena, robusta y florida buganvilla carmesí que decorara junto a uno de sus faroles de pared el marco interior de su acceso al lado de la sala de profesores. Bancas en limitado pero suficiente número facilitaban acá aquello que con tanto éxito se había cultivado de pie allá, en el local del frente: la buena conversación entre profesores y alumnos, y de los alumnos entre sí, elementos de invaluable presencia en la forja de toda vida auténticamente universitaria. Quizá circunstancias que corrían paralelas a la vida del país hicieron de este zaguán testigo de interminables discusiones, discursos y arengas, que alguna vez culminaron con el ingreso de la policía al local en medio de una nube de gases lacrimógenos. Probablemente fue aquella expresión de lo que las antiguas llamaban "los dolores del crecimiento". Poco tiempo después, la Facultad de Letras abandonó para siempre la Plaza Francia donde nació y creció, para ubicarse en el *campus* de Pando, lugar que actualmente ocupa.

Pero siguiendo por la Amargura, calle arriba, hasta alcanzar Lártiga, se llegaba al local que entonces albergaba al rectorado y las dependencias administrativas, a la Facultad de Derecho en los altos, a la Biblioteca Central al fondo en los bajos y, además, al Instituto Riva-Agüero. Probablemente de los locales antes mencionados éste fuera el más antiguo y el más complejo; en todo caso, el mejor, relativamente ya en aquel entonces, conservado. A diferencia de los

anteriores, éste existe todavía, pertenece a la Universidad y hoy, liberado de sus cargas no estrictamente académicas, limita sus actividades a la Escuela de Altos Estudios de la Universidad, el Instituto Riva-Agüero, nombre que hace justicia a su benefactor.

Para llegar allí era necesario ingresar pasando el zaguán donde estaba a la izquierda la secretaría del rectorado y la tesorería a la



*La pileta en el segundo patio
del Instituto Riva-Agüero
Calle de Lártiga 459*

derecha, trasponer la reja de hierro, seguir por la derecha tomando un callejón largo que conducía a la parte posterior del principal, camino todo empedrado, hasta llegar al traspatio que aún conserva una pequeña pileta de azulejos sevillanos. Nunca pude saber su origen ni quién la instaló allí, ciertamente muchos años después de la fábrica primigenia. Tampoco pudimos nunca establecer cuándo, ni cómo ni por qué, aparecía a veces llena de agua. Su forma poliédrica, de reminiscencias árabes, unida a sus variantes

azules, alegraba la vista y las conversaciones que se desarrollaban en este sombreado patio. Cuántas veces sentado en sus bordes llegábamos a escuchar la voz de Víctor Andrés Belaunde, entonces director del Instituto, fuerte como un trueno, ameno, infatigable conversador, distinto mas no distante. A un lado dos grandes ventanales enrejados daban de un lado a la gran sala de conferencias y, al frente, al Seminario de Literatura, el más activo y concurrido de aquellos tiempos. A la vera de sus murmullos se forjaron maduras reflexiones que cerrando la etapa estudiantil columbrarían destinos personales.

Los años transcurridos son insuficientes para borrar de nuestra memoria a Máximo Navarro Aponte, bondadoso y leal, aún cuando aburridísimo guardián del local, quien según llegamos a enterarnos provenía de una importante comunidad de las serranías de

Huarocharí, en las alturas de Lima, de la misma de donde había surgido el sabio Tello; y al maestro Medina, carpintero oficial de la Universidad, que tenía su vivienda colgada en los aires laterales rememrando una especie de criolla Cuenca, quien alternaba sus labores con la callada pero eficaz instalación de tabladillos para manifestaciones políticas del partido de sus amores. Qué personajes tan sencillos pero tan significativos para los jóvenes que allí concurríamos con tan distintas perspectivas; ellos nos facilitaron el descubrir que, además de la riqueza intelectual que nos brindaban los maestros y los libros, existía otra, más sencilla pero no menos humana y perdurable, la silente dimensión de la inmensa mayoría de hombres y mujeres trabajadoras a quienes nos debíamos.

Como marco o como telón de fondo, según como se prefiera, estos lugares fueron, cada uno en su momento, espacios abiertos a la aventura del espíritu, lugares de encuentros y desencuentros que decidieron futuros que un buen día se hicieron presentes. Quizá por ello no resulta forzado unirlos con el hilo invisible de la evocación, con el cariño que los años facilitan y rememorar con gratitud su generosa amplitud de rincones proyectados a la vida misma.

*Treinta años del TUC**

Luis Jaime Cisneros

Once o doce años tendría cuando asistí con mi padre a una representación de *Espectros*, la clásica obra de Ibsen. Recuerdo que mi padre me había prevenido que aunque probablemente yo no iba a entender mucho, nunca me iba a olvidar del hombre que veríamos en el escenario. Tenía razón Luis Fernán: aquí tengo todavía -los ojos absortos- esa extraordinaria actuación del gran actor judío Alexandru Moisi. Años después, en mis veintidós años, cuando frecuentaba los últimos tramos de mi vida universitaria, asistí con unos compañeros a la hermosa jornada que encabezó ese "monstruo" de la escena que fue Ermette Zacconi, cargado con ochenta años gloriosos. Esa noche tuve mi segunda representación de *Espectros*. Pero esa noche comprendí que "el sol" era tan inalcanzable para el protagonista enfermo como para nuestra terca ilusión juvenil. Mi vida estudiantil (colegio y universidad) está poblada de recuerdos teatrales; Louis Jouvet, Ferdinand Ledoux, Jean Louis Barrault, Alec Guinness, David Niven, Laurence Olivier, Leslie Howard, Emma Grammatica, Lola Membrives, María Casarés fueron robusteciendo desde la escena mi preocupación por la vida de los otros, en la medida en que acentuaban en mí la gana y la necesidad de comprender a la gente. El teatro parecía ofrecernos la posible reconciliación de las penas y los dolores y la oportunidad de compartir más allá de la mirada inocente, la vida y el fervor ajenos, y nos permitía asumir todo ello como propio con la natural convicción de que nos pertenecía legítimamente, en la medida que nos dejaba ser -siquiera por un instante ilusorio- solidarios en horas de reiteradas equivocaciones del cuerpo y de notorios extravíos de la conciencia.

* Discurso leído el 17 de diciembre de 1991 en el homenaje a don Ricardo Blume en el XXX aniversario del TUC.

He querido adelantar esta confesión muy personal, señor Rector, para decir mi gratitud por haber sido encargado de este discurso y para explicar el genuino entusiasmo con que participo en este homenaje que renueva en mi espíritu inolvidables horas de mi época de formación en el extranjero y constituyen un fondo de rica experiencia cultural que me ha permitido alentar, desde la hora inicial, la actividad casi gloriosa de estos treinta años del TUC. Treinta años son muchos años para la gente como nosotros y lo sabe por cierto muy bien Ricardo Blume, que no necesita subir al escenario para dar cuenta de ellos. Treinta años son mucha historia para esta casa: ahí están los días del hombre y los días del tiempo, está el ayer y el futuro y esto que ahora es lo nuestro. Pero con ser tantos que merecen este recuerdo singular, son poca cosa para los años del teatro. ¿Qué son en verdad treinta años para la enorme presencia de Shakespeare o Calderón? ¿Qué representan tres décadas para este persistente desborde con que rebalsan el tiempo Sófocles y Eurípides? El teatro nos los hace contemporáneos, y ahí están señalando nuestras culpas de hoy (aunque son las proclamadas culpas de ayer) y previniendo sobre el futuro (que es este triste presente) ¡Nuestros contemporáneos griegos!

Con los muchachos del TUC hemos vivido, hace algunos años, una jubilosa jornada de auténtico teatro griego que nos permitió sentirnos, quizás por una sola vez, singularmente humanos. Por eso el teatro tiene sitio en la universidad, que es por excelencia casa de humanidades.

Del teatro tiene el profano una idea superficial. Me suele ocurrir que al preguntar a las personas si *leen teatro*, la respuesta suele ser una excusa y apuntar a los autores; no conocen muchos autores. Aclaro entonces que no he preguntado por autores sino por un género de lectura. Una mirada de azoramiento e incomprensión rubrica el frustrado diálogo. Es que al profano le interesa siempre el autor teatral. La realidad es que de muchos de ellos ignoramos hasta su auténtico nombre, y la biografía de otros se pierde en la ilusión de los archivos. Cuentan de Molière que apenas sabía firmar su nombre, que ni siquiera era su legítimo nombre de pila. Los documentados biógrafos de Shakespeare repiten para él circunstancias semejantes. Y es que los autores son realmente una

voz que sigue horadando el tiempo y hace eco en nuestra conciencia. La voz del viejo Esquilo o del moderno Camus nos llegan y remueven la vida entera del hombre. ¿Los celos?; Shakespeare. ¿La avaricia?; Molière. ¿La enfermedad imaginaria?; Molière otra vez. ¿La duda sobre el ser?; otra vez Shakespeare. Si decimos *Fedra*, es Racine el nombrado y con ello tal vez su biografía mejor. Es decir, el hombre, los hombres, todos los hombres. Y es que el autor dramático no parece tener partida asegurada en los registros civiles. ¿El pueblo entero se levanta y castiga a los culpables? *Fuenteovejuna* se llama esa aventura. Lo prueba esa hermosa demostración de hidalguía y coraje que ofrecieron hace algunos años los jóvenes chinos en la inmensa plaza *Tien An Men*. Los autores importan poco; lo que importa de verdad es el teatro. A esos autores hasta se les puede plagiar sin escrúpulos, porque no tienen *materia* propia original. Ahí donde existe una pena o un dolor humano, ahí donde la inesperada alegría transforma el corazón humano, ahí donde viven la traición y la duda, el amor o el odio, la venganza o la gratitud, ahí habrá siempre un autor en acecho porque ahí se encuentra la esencia de toda acción teatral. Hombre escrutador y frecuentador de otros hombres; eso parece ser, en definitiva, todo autor teatral.

Pero los nombres vinculados con mi juventud no son -como se habrá advertido- nombres de autores. Nuestra experiencia está más ligada a una costumbre de espectador. Es en verdad, para decirlo etimológicamente, una experiencia espectacular y está inevitablemente ligada al actor. ¿Qué sería del teatro sin los actores, ahora que la lectura es casi una audacia riesgosa de la juventud? Los actores nos ayudan a recrear las obras y nos las redescubren generosamente en el tablado; porque en su actuación no evocan escenas preteridas sino que expresamente las crean y recrean para colaborar a la propia realización de nuestra condición humana. Cuando aplaudimos de pie y con auténtico entusiasmo a un actor, no estamos celebrando sólo su comportamiento eventual en la escena sino que estamos agradeciendo el que nos haya colmado de luz interior y haya contribuido a devolvernos la salud al entendimiento.

L'annonce fait à Marie de Claudel no es ciertamente la sobria historia antigua que la *Biblia* consagra y el teatro rememora, sino que

es la repetición *hic et nunc* del bendito misterio tocada de una ternura moderna y de una vibración que nos parece contemporánea, pero que es de todos estos dos mil años.

Pero soy un profesor de filología, y cuando destaco la responsabilidad del actor, claro es que debo poner énfasis -aunque sea por majadería profesional- en *la voz*. No el grito sino la voz. No el exabrupto de un ademán inesperado, ni un impertinente golpe de pecho, ni un aturdido e inexplicable mesarse los cabellos, sino la voz. La voz inteligentemente madurada en la buena lectura (es decir, la decodificación exacta) del texto original. Cuánto daño le ha hecho y le hace al teatro (y cómo atenta contra su natural prestigio) la vocinglería de que ha creído necesario rodearlo la supuesta técnica de los medios de comunicación masiva. El teatro es para ser *dicho* ante gente que está educada en las funciones del decir y en los secretos de la situación comunicativa. La voz es el medio natural que el hombre usa para transmitir la palabra a los otros. No es el porte del actor, ni la melena teñida, ni el bigote accidental, ni la sastrería de moda los que hacen al actor. Es la manera de decir, es la voz que domina el registro que mantiene contacto con el público. Y es que el teatro es una clara empresa para la lengua oral. Decían y cantaban los griegos, porque sin la presencia de la voz, individual o gregaria, no había acción, no había teatralidad, no había teatro. Se escribe teatro para ser representado, con clara conciencia de que reclama espectadores, y para que exista un instrumento de comprensión: la palabra es el vínculo.

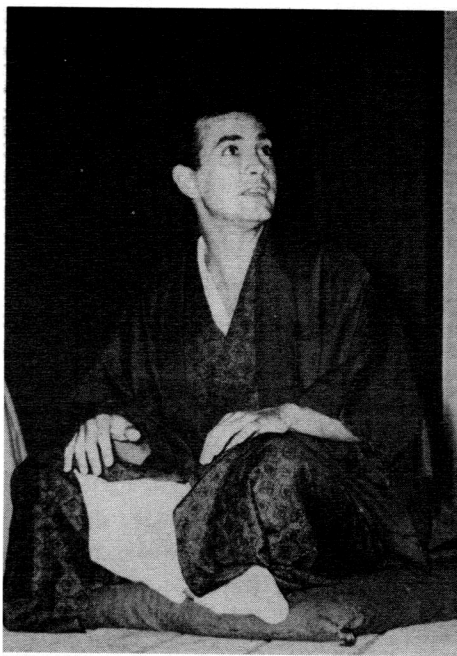
En la palabra está la acción. La palabra es su esencia y no forma parte del decorado porque en verdad lo trasciende. El espectador cree en la palabra que oye adherida a la acción y no se deja engañar por la decoración; sabe que el juego de luces forma parte de la "*mise en scène*", pero la voz es la que conduce la escena y dice el contenido de lo que está realmente en juego (la ilusión o la pena, la tragedia o la comedia). De esa voz estamos todos pendientes, y es en el arte de administrar esa magia donde -lo quiera o no admitir Ricardo Blume esta mañana- nosotros hemos visto crecer y afirmarse los treinta años del TUC. La voz de Blume dio nacimiento a esta aventura y todavía alienta la tarea común, siempre desde un tablado,

que es la cátedra permanente desde la que sigue mostrando su fidelidad a la consigna.

Sí, el teatro es una actividad de la vida universitaria. El teatro nos llena de presencias espirituales; y si a veces creemos que las grandes aspiraciones populares, como la justicia y la honradez, la libertad y el decoro, sólo existen en el tablado es porque el teatro compensa de esa manera, en el mundo de nuestras ilusiones, la triste realidad de nuestra condición humana. Pero el teatro no es -con todo o dicho- ni el escenario ni las luces, ni los actores, ni la buena disposición de los tramoyistas, ni el acertado trabajo del "régisseur". Nada sería importante (con serlo por sí solo cada uno de estos elementos) si no existiera esta vasta audiencia de siglos que el tiempo ha ido renovando.

Sin la presencia de nosotros, los espectadores, nada tendría sentido. Y no aludo, por cierto, a nuestra presencia física (la que se hace bulto y se ve) sino a lo que nos junta y exalta, a nuestras perplejidades y penas, a nuestra rabia evidente de la edad madura y a la conjetural soberbia juvenil. Todo eso está ahí esperanzado y doliente, como testimonios de otras tantas esperanzas que hemos heredado. Sin la callada frustración de los unos o la esperanzada certeza de los otros, sin el fervor crítico con que maestros y estudiantes, gente ajena a la vida universitaria pero comprometida con la vida del hombre, el teatro no tendría sentido. A nosotros se dirige, en nosotros actúa, con nosotros dialoga. Para la edificación de nuestras almas nos brinda un día a Sófocles, otro día a Calderón, otro día a Camus, otro largo día interminable a Bertolt Brecht. Cuánta falta hace a los estudios filológicos una historia de los auditorios teatrales. Esa historia iluminaría y sorprendería a los psicólogos sobre muchos aspectos de la vida interior del hombre. La inteligencia y la emoción de las multitudes de ayer y de hoy siguen acudiendo convocadas por Electra o Antígona, fieles a lo que hay de imperecedero en la lección que esas obras dimanan. Eso salva al teatro universitario, y eso salva al TUC de haber caído en la tentación de la trivialidad de los temas perecibles. Y aquí debería yo dar espacio al esperado elogio de Blume, puesto que el programa anuncia que ésta es también una ceremonia de homenaje. Pero

Blume es un hombre decente y tiene conmigo el tácito compromiso de suprimir la adulación recíproca y la vana felicitación convencional. Nuestra amistad y nuestra colaboración se nutren de una misma pasión por lo que hacemos, artesanos como somos cada cual en lo propio, animados de un idéntico concepto del deber y del honor. Si yo reflexiono sobre la Universidad, estoy rindiendo homenaje a la Universidad. Y si reflexiono sobre la misión que al TUC le toca cumplir en la vida universitaria estoy rindiendo homenaje a Ricardo Blume, que hizo posible que esto tenga hoy treinta años. Hoy sabemos que su aparente inconformismo de ayer fue siempre hermano de la exigencia constante, del horror a la improvisación y a la mediocridad. Vivió urgido por despertar en los muchachos una actitud crítica de alerta. Cuando se tiene conciencia clara de una responsabilidad docente, este respaldo es indispensable. Si el TUC tiene treinta años, a Blume debemos agradecer que haya impuesto ese rigor.



*Ricardo Blume representando al 'marido'
en la obra japonesa Za Zen
Lima, 14 de julio de 1961*

Pero el TUC no sólo es reflejo del impulso inicial de Ricardo Blume, del que no quiero hablar para no herir su pudor profesional. Pero Blume es también el actor que es; es muchos hombres en una sola cara circunstancial, y bien puede ser un día Otelo, Hamlet otro día, a veces Falstaff y tal vez Yepeto. Es decir, es un hombre que es todos los hombres. Un hombre de ayer y de hoy, hombre de todos los tiempos. Está aquí hoy presente (viva efigie del asombro) y está en nuestro corazón agradecido cuando lo aplaudimos de pie y celebramos su talento como actor. Como la voz, que modula en una misma melodía idiomática, la vejez y la juventud, la guerra y la paz; ante esa voz nosotros renovamos hoy nuestra esperanza en la tarea de proyección social que al Teatro de la Católica le alcanza en los umbrales de nuestras Bodas de Diamante.

Pero estos treinta años no significan una etapa cumplida sino que inauguran, por cierto, una nueva etapa por cumplir. En la vida de los pueblos, la cultura también es un arma de primera necesidad. Imprescindible recurso que el alma requiere para sobrevivir y para tonificar al cuerpo. El teatro asoma aquí con una presencia singular. El teatro puede ayudar a la necesidad de generar en las jóvenes generaciones la esperable transformación que haga de ellos instrumentos de una sociedad culta y pacífica. Sin una clara política educativa y una política cultural adecuada no hay un programa de pacificación, y en el Perú estamos en una guerra cruda y nefasta. La vida docente me ha enseñado que el teatro es valioso y puntual instrumento para hacer frente a momentos difíciles de la juventud. La Universidad debe asumir un reto que ahora resulta impostergable. El teatro tiene que salir al encuentro de nuevos auditorios. El TUC tiene que crearse en Pando un espacio singular. La subversión viene ganando conciencias juveniles, y hay que ganarle la plaza a la subversión, así llanamente y sin miedos fingidos o auténticos. La Universidad debe salvar la cultura y para ello tiene que resolverse a educar al pueblo recuperando para la reflexión y la vida a quienes la subversión quiere seducir por el camino del horror. Hermosa tarea. Brazo armado de la universidad que derriba árboles, crea avenidas que conducen al gran patio de la convergencia de todas las sangres y los corazones todos. ¿Que soy optimista y me dejo ganar por el entusiasmo? Pero es claro

que soy optimista, porque soy hombre de universidad. Cómo vamos a dudar de estas cosas en un país cuya población mayoritaria está conformada por jóvenes, y cuando estamos por celebrar los setenta y cinco años de vida de nuestra Universidad. Ay de mí, si el optimismo no fuese la consigna. ¿Por qué decimos que la Universidad es alma *mater*? Porque es madre nutricia del conocimiento y de la esperanza, de las certidumbres éticas. Claro que soy optimista. Ay de mí si no lo fuera. Y porque lo soy me preocupa que hayamos abandonado al TUC allá en ese sórdido refugio de la vieja Lima y hayamos desatendido a la urgente tarea que le alcanza cumplir ahora mismo en los contornos de la comunidad de Pando. Hemos de frecuentarlo, es verdad, profesores y estudiantes, y no porque haya decaído el entusiasmo en nosotros por el teatro ni la fe en lo que estos muchachos del TUC puedan hacer. Sí, está lejos el TUC. Pues traigámoslo a terrenos que estén próximos. ¿Pero es que alguno de nosotros conoció a Molière o fue contemporáneo de Calderón? Veinte años atrás, la UC estaba en boca -y en los ojos- de todas las gentes porque Ricardo Blume estaba con su teatro (con nuestro teatro) en todas partes. *La verdad sospechosa* no era -para esas gentes- de Alarcón sino del TUC, aunque la verdad evidente era Ricardo Blume. Y los autos sacramentales que arriesgamos en los atrios catedralicios no eran de Calderón sino del TUC, y ahí estábamos de espectadores profesores y estudiantes. Es que el tiempo pasa. Claro que pasa, y por actores que seamos los unos y los otros de este teatro del mundo, hay huellas claras de su presencia en la vida cultural del Perú. Pero el teatro y la universidad son una fuerza prodigiosa que se multiplica y -como el ave Fénix- en sus propias cenizas abreva y se recrea. Hoy más que nunca el teatro tiene que ser el brazo armado de la proyección social en la Universidad.

Un brazo armado para combatir decididamente a la subversión despertando en los chicos de los alrededores el gusto por la lectura, el sabor de la representación, la curiosidad y el entrenamiento en las primeras armas del ejercicio teatral para de ese modo tocarles las cuerdas sensibles e iniciar con ellos el camino hacia el corazón amenazado. Nadie puede cerrar los ojos y desconocer que la Universidad está en el ojo de la tormenta y que entre nosotros repta

también la subversión. Sendero elige gente universitaria para integrar sus huestes y realizar su puntual carnicería. Y es cobardía y traición cruzarse de brazos como espectador inane. Nos tocan. Nos arrebatan a los muchachos, nos asesinan profesores y nos cierran centros de investigación. No seremos soldados armados para responder con las armas, pero somos de alguna manera soldados del porvenir porque los muchachos que acá estudian son la realidad de mañana y los ayudamos a construir con las armas del conocimiento y la cultura la posibilidad de una sociedad más justa. No puede arredrarse la Universidad sino que debe mostrar de qué fibra está hecha su gente, en qué mármol se asienta el temple moral de sus muchachos.

La tarea del TUC es ganar gente para la cultura, acostumbrar a la gente a leer en las obras de teatro la realidad de la vida; ayudarlos a reflexionar como corresponde a un espectador comprometido, urgido por la necesidad de lograr con el trabajo y la reflexión que el hombre sea capaz de convivir en paz con quienes tienen otras ideas, sueñan otros sueños, pero quieren vivir su propia vida en armonía y paz. Esa tarea debe emprenderla la Universidad a través del TUC y debe hacer responsable de su conducción a los tercios estudiantiles. Para abrirse camino hay que aprender a derribar árboles poniendo fe en los propios brazos. Y ya Ignacio de Loyola enseñaba que si no hubiera árboles pues habría que inventarlos para ejercitarse en esta necesaria costumbre de no arredrarse ante los obstáculos cuando estamos iluminados por la fe. Ya no vamos los profesores y estudiantes a los reiterados espectáculos del TUC, y ya no va la gente de la comunidad de Pando, esos vecinos nuestros del otro lado de la avenida Universitaria, del otro lado de la huaca, y del lado opuesto de la avenida de La Marina. No sabe que "somos" su Universidad. Pues debemos anunciarles que nosotros sí sabemos que pertenecen a "nuestra comunidad" y están dentro de nuestra esfera de influencia, y que nos toca -en la hora de la prueba- impedir que sean ciudadanos desarmados intelectualmente.

Ahora comienza otra tarea. Debemos iniciar desde ahora la celebración de las Bodas de Oro del TUC, que han de coincidir con los

noventa y cinco años de la Universidad. No lo veré, sin duda. Pero la universidad no está hecha de los hombres accidentales. Ahora más que nunca tenemos presentes los versos de Sófocles (*Edipo en Colona*):

*Mientras esté a nuestro lado la juventud
con su carga de livianas locuras
¿qué trabajoso golpe queda fuera?
¿qué fatiga le falta?*

Trabajemos ahora, antes de que el tiempo consuma la obra de los otros y la transforme en cenizas, en polvo, en nada.

Semblanza de un exalumno

Daniel Díaz Herencia

Como quiera que 40 años de mi paso por la Universidad Católica significan un apreciable jalón de vida estudiantil, administrativa y profesional, me he animado a bosquejar estas breves notas.

El 26 de marzo de 1950 fui inscrito en el libro de matrículas de la Facultad de Letras, que funcionaba en el antiguo local de la Plaza Francia, cedido por los padres de la Recoleta. Había dado exámenes de ingreso en enero del mismo año.

Recuerdo que el jurado que tomó el examen estaba presidido por el doctor Mario Alzamora Valdez, decano de la Facultad, e integrado por los doctores Carlos Zuzunaga Flores, Luis Jaime Cisneros y Baltazar Caravedo Carranza. En aquel entonces había dos exámenes: uno escrito y otro oral.

Transcurrieron tres años de mi paso por esa Facultad, interrumpidos en 1951, pues dejé de estudiar por motivos económicos.

Ya desde la época de la secundaria me había inclinado por la carrera pedagógica, de modo que seguí estudios en la Facultad de Educación, cuyo decano era el R.P. Gerardo Alarco Larrabure, recientemente nombrado en ese entonces por el Consejo Ejecutivo de la Universidad; y como secretario el doctor Rubén Lingán Quiroz, exalumno de la misma, quien venía desempeñando el cargo desde 1952. Le siguió el doctor Carlos Salazar Romero, ya fallecido, quien ejerció el decanato hasta marzo de 1953.

En 1953 cursaba el primer año de Educación, en su local de la calle de la Amargura, jirón Camaná 956, hoy ocupado por el Centro de Idiomas, hasta que en marzo de 1974 se trasladaba al Fundo Pando en San Miguel. En el segundo patio funcionaban las oficinas del Instituto Femenino de Estudios Superiores y de la Escuela de Periodismo, cuyas direcciones ejercía la doctora Matilde Pérez Pala-

cio Carranza y mucho más al fondo, la canchita de *volley-ball*, sitio de ardorosos partidos entre chicas de Educación y de Letras, y de los bailes de la Semana de la Universidad Católica.

Gracias al entusiasmo de los condiscípulos se creó el "Centro de Estudios Pedagógicos Toribio Rodríguez de Mendoza", que tuvo como finalidad promover la vida comunitaria estudiantil, la preocupación y el amor por la ciencia de la educación, difundir la idea de que el magisterio era un apostolado y propender a unir con lazos de confraternidad las demás facultades de la Universidad. Presidía la junta directiva el exalumno don Javier González Fernández Dávila y como vocales la integraban las señoritas Beatriz Hart Gaige y Rosa Nedda de la Flor Paredes (fallecida), el señor Julio Forero Alano y el suscrito.

El ejemplo más antiguo que daría origen al que hoy conocemos con el nombre de Centro Federado de la Facultad, serían estos centros de estudiantes, en el que Educación se lleva la palma como uno de los pocos esfuerzos por aglutinar comunidades de trabajo universitario a nivel estudiantil, constituyéndose en forma espontánea y libre. Así el mencionado Centro serviría de base para la formación del primer "Centro de Estudiantes de Educación" con verdadero carácter gremial, esto sucedía en setiembre de 1954. La primera junta directiva fue presidida por nuestro mencionado amigo Javier González, e integrado por distinguidos alumnos de las tres promociones. En el acto de instalación tomó la palabra nuestro recordado profesor don Juan Teófilo Ibarra Samanez, catedrático de Pedagogía General y el decano R.P. Gerardo Alarco. El entusiasmo estudiantil logró editar cuatro números de un boletín titulado *Paideia* como órgano oficial.

Los años 1955 y 1956 fueron muy movidos en lo relativo a la organización de centros federados en todas las facultades de la Universidad. Aparecía el portavoz de los estudiantes *Vida Universitaria*, bajo la dirección de Hernán Alva Orlandini, que unía a todos los estudiantes muy dispersos por los diferentes locales de la ciudad de Lima, promoviendo lo que más tarde sería la Federación de Centros de Estudiantes de la Universidad Católica, hoy conocida

como FEPUC, cuyo primer presidente fue Antonio Pellón, de la Facultad de Ciencias Económicas, elegido en junio de 1955.

La Universidad por su parte editaba el informativo *Voces*, entre 1961 y 1963, a cargo del doctor Carlos Manuel Chávez, director de Relaciones Públicas, un órgano de expresión de la Universidad para alumnos y profesores.

Contribuyó a elevar la temperatura estudiantil de la Universidad ciertos atropellos cometidos por Juan Domingo Perón en la Argentina contra la autonomía universitaria y la Iglesia Católica, a lo que se sumó el ingreso de la policía a la Universidad de San Marcos. Era presidente del Perú el general Manuel A. Odría. San Marcos constituía un centro de inquietud intelectual política y el reflejo de los acontecimientos se hizo sentir en nuestra Universidad. Hubo manifestaciones estudiantiles en los viejos locales de las facultades, una bulliciosa asamblea en el patio de Lártiga, hoy Instituto Riva-Agüero, en donde se ubicaba el rectorado, presidida por Alejandro Díaz Marín, con la participación como oradores de viejos conocidos nuestros: Armando Zubizarreta y Javier Gonzáles por FECEPUC (Federación de Centros de la Pontificia Universidad Católica), Leonor Rosales y Carlos Ramírez Alzamora por Letras, Javier Aljovín y Javier Valle Riestra por Derecho, Guillermo Vega por Ciencias Económicas y el suscrito por Educación. Hasta se llegó a plantear "una extraña actitud": una huelga universitaria, que no prosperó.

Ciertamente el Centro Federado de Educación cambiaba de representante todos los años, recuerdo que en 1953 el presidente era el alumno de tercer curso Saia Cuperstein y la mesa directiva la integraba Blanca Loayza Peña, Laura Harvey Reátegui, Aída Venero Alonso, Laura Alomía Figueroa, Betty Ravello y Carlos Súa Ames.

El segundo patio y la "canchita" consiguiente fueron, sin duda, locales muy solicitados para diversas celebraciones universitarias, la elección de la reina de la Universidad entre las reinas de las facultades, recepciones y bailes de cachimbos, almuerzos de profesores y alumnos de la Facultad de Educación, del Instituto Femenino

y de la Escuela de Periodismo, y una que otra vez los bailes de la Semana Universitaria, particularmente en setiembre, con la participación de todas las reinas, y con gran fiscalización del local por algún desmán que se pudiera presentar por parte de algún decano como el recordado R.P. Antonio San Cristóbal.

Mención aparte merece *La Jaulita* en el tercer patio, un lugar enrejado, de ahí su nombre, en donde los alumnos de toda la Universidad se acercaban especialmente en las tardes para tomar un lonche, atraídos sobre todo por las chicas de Educación o del Instituto Femenino.

Mientras colaboraba como presidente local de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC), y ejercía la presidencia del Consejo Nacional del mismo, el profesor del Departamento de Economía de esta Universidad Máximo Vega-Centeno, fui llamado por el entonces secretario general de la Universidad, hoy monseñor José Dammert Bellido, quien era para todos "Pepe Dammert", un cordial amigo de los estudiantes, para ejercer las delicadas funciones de secretaría del recién nombrado rector monseñor Fidel Tubino Mongilardi, en abril de 1953, también de extraordinaria influencia en el quehacer de la vida universitaria, y a quien se le conocía por su pregunta favorita: *A ver, a ver qué día es mañana*, refiriéndose a los primeros viernes del mes, día en que celebraba misa en la capilla del Instituto Riva-Agüero.



Daniel Díaz Herencia y Carlos Salazar Romero en 1953

Muy conciente de la labor social que debería desplegar la Universidad siempre ponía en aprietos económicos al entonces tesorero general doctor Javier Correa Elías, alargando los pagos de pensiones y en contados casos condonando deudas estudiantiles. Otra de

las perlas que le tocaba enfrentar al susodicho tesorero era la llegada de fines de mes y las planillas de gastos no cuadraban, a lo que contestaba Monseñor Tubino que la Providencia lo solucionaría en los días siguientes y así era en efecto.

Recuerdo la formación de una Comisión Organizadora de la Asociación de Egresados de la Facultad, presidida por el doctor Lucio Castro Pineda de la promoción 1944, a la que acompañaban los doctores Juan Rivera del Carpio, Leopoldo Vidal Martínez, José M. Sánchez Duárez y Ciro Hurtado Fuertes. Posteriormente en 1955 se formó otra presidida por el doctor Reynaldo del Corral Salcedo (fallecido) que con todo entusiasmo llegó a elaborar unos estatutos, realizó una primera inscripción de egresados, organizó un bingo para agenciarse fondos en el amplio salón de la Amargura, que servía como salón de grados, para concluir en una gran asamblea general, la que no se realizó. Con el paso del tiempo dichos esfuerzos se estancaron.

Pero en 1974, ya en su local de la ciudad universitaria, el doctor Germán Peinador Martín, profesor de la Facultad y exalumno, logró la formación de una nueva comisión de egresados integrada por las señoritas María del Carmen Bartra, Clementina Contreras, el señor Esteban Rodríguez y el suscrito, que venía ejerciendo la secretaría de la Facultad desde 1957.

Finalmente en 1987 trabajó a lo largo de casi dos años una nueva comisión presidida por el doctor Aurelio del Corral Salcedo al que acompañaban los exalumnos Martha Ugarte de Gonzales, Nila Izusqui, Corina Castillo, Aurora Cisneros, Alvio Zelada y la doctora Adriana Flores de Saco. Se realizaron diversas actividades, entre ellas la entrega de sendos diplomas a los decanos de la Facultad y a sus profesores más antiguos.

Dentro del plan de trabajo de la doctora Adriana Flores de Saco, con la colaboración del decano, doctor Jorge Capella Riera, se organizó una Semana Cultural de acercamiento a los exalumnos dentro del *campus* universitario, que concluyó con un bonito encuentro dominical, congregando a los "viejos" egresados, en una kermesse,

seminarios culturales y otras actividades. El suscrito fue encargado de elaborar, aprovechando la ocasión, un registro de exalumnos por promociones, desde 1941 hasta 1984, copias de la misma quedaron en el archivo y otras enviadas al Registro General de la Universidad.

En un artículo que suscribió el doctor Aurelio del Corral en la *Revista de la Facultad* N° 2, en diciembre de 1950, decía que en 1946, de acuerdo al Estatuto Universitario, el Gobierno había creado en la Universidad de Lima, "Universidad de San Marcos", la Facultad de Educación. Como antecedente diremos que en la Universidad Católica los estudios pedagógicos se realizaban en la Facultad de Letras y Pedagogía, por lo que al año siguiente en 1947 se creaba la Facultad de Educación que recibiría una resolución suprema firmada por el entonces ministro de Educación, doctor Carlos Cueto Fernandini, que fijaba como nacimiento el primero de abril de 1947.

Nuestra Facultad satisfacía en opinión de una distinguida exalumna Beatriz Benoit Larco un objetivo central que era el de *formar maestros técnicamente preparados y con cultura pedagógica para afrontar responsabilidades de dirección*, los alumnos apreciaban que el contenido habitual de las materias del currículum objetivamente considerados resultaban adecuados para los fines formativos en la Facultad.

Como primer decano el Consejo Universitario designó al R.P. Gerardo Alarco Larrabure, quien se desempeñó de 1947 a 1949, y en otro período de 1954 a 1956. Los esfuerzos de profesores y alumnos por elevar el nivel de conocimientos y orientar hacia la comprensión del problema educacional peruano, fue la creación del Instituto de Investigación Educacional, con dos departamentos, el de Historia y Fundamentos de la Educación, bajo la dirección de los doctores Carlos Salazar Romero y Juan T. Ibarra Samanez, y el de Investigaciones Psicopedagógicas a cargo de los doctores Miguel A. Sardón, el hermano Gastón María y el doctor Aurelio del Corral. Él mismo dio gran impulso a los alumnos de los últimos años en la preparación de sus respectivas tesis de grado. El doctor Aurelio del Corral fue secretario de la Facultad en el período de 1947 a 1951.

De 1950 a 1953 fue designado el doctor Carlos Salazar Romero como decano de la Facultad. Entonces los profesores promovían conversatorios como el tema *Organización de la Gran Unidad Escolar* que el Ministerio de Educación había creado basándose en el *Community School* de los Estados Unidos y la Unidad Escolar de Puerto Rico. Fueron dos ponencias la del coronel Marcial Romero Pardo, director del Colegio Militar Leoncio Prado, y la del doctor Julio C. Chiriboga. Dos catedráticos de la Facultad venían de ejercer cargos directivos: el doctor Gustavo Poñs Muzzo, de la G.U.E. Ricardo Bentín, y el doctor Aurelio del Corral, de la G.U.E. Alfonso Ugarte.

En 1952 desempeñaba la secretaría de la Facultad el distinguido exalumno doctor Rubén Lingán Quiroz, el cual fue transferido en 1955 como secretario de la Facultad de Letras, siendo reemplazado por el ingeniero Guillermo Roth Goycochea.

A partir de 1956, durante el rectorado del monseñor Fidel Tubino, fue designado como decano el doctor Aurelio del Corral Salcedo, hasta 1959. En 1956 desempeñó la secretaría de la Facultad el doctor Miguel A. Sardón y a partir de 1957 el Consejo de la Facultad, a sugerencia del decano, propuso, por renuncia del doctor Sardón, al suscrito. Desempeñé la secretaría de la Facultad de 1957 a 1984. A mediados de ese año y con motivo del cambio de decano fue designado como secretaria la doctora Carmen Rosa Coloma.

Al decano Aurelio del Corral le sucedió el hermano Gastón María de las Escuelas Cristianas, quien falleció en agosto de 1960, a los pocos meses de elegido; para suplir la vacante fue designado decano interino el doctor Miguel A. Sardón Aliaga. En febrero de 1961 se eligió como decano titular al R.P. Antonio San Cristóbal Sebastián, quien ejerció dos períodos, de 1961 a 1967.

En ese año y durante el gobierno militar se cambió la denominación de la Facultad a Programa Académico, cargo para el cual fue elegida la doctora Isabel Reyes Carrillo, ejerciendo de 1967 a 1969. Debido a que no fue ratificada para un nuevo período por la Asamblea Universitaria, desempeñó interinamente como decano el doctor Miguel A. Rodríguez Rivas en 1970.

Luego fue elegido por dos períodos el doctor Luis A. Marroquín Andía de 1970 a 1976. Le siguió la doctora Adriana Flores de Saco quien ejerció casi tres períodos de 1970 a 1984. De 1984 a 1987 ejerció el cargo el doctor Jorge Capella Riera. A Carmen Coloma le sucedió en la secretaría de la Facultad la licenciada Martha Ugarte de Gonzales.

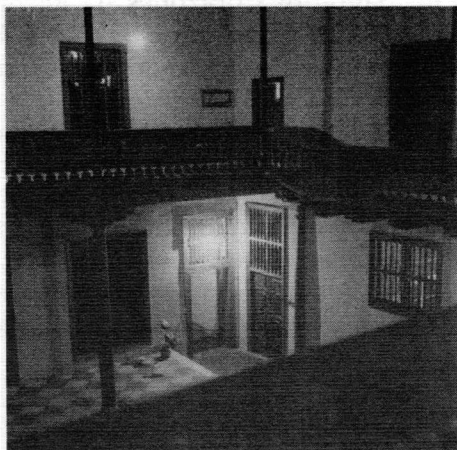
Solicité mi jubilación en 1991, durante el decanato de la doctora Elsa Tueros Way y después de 38 años de servicios administrativos y docentes, la que se hizo efectiva en 1992.

Casa del Instituto Riva-Agüero

Héctor Velarde

Atravesando el jirón Camaná y siguiendo a la derecha frente al costado de San Agustín, llama la atención una casona colonial de sobria y alta portada pintada de blanco, ventana de reja de forjados barrotes y apoyos de piedra color rosado, bajo grandes y vidriados balcones republicanos. Fue la casa de los Marqueses de Aulestia. Hoy es el Instituto Riva-Agüero, local de estudios humanísticos legado por don José de la Riva-Agüero y Osma, último Marqués de Aulestia, a la Universidad Católica.

La prestancia del patio, la amplitud de los salones, algunos artesanos, y magníficas ventanas teatinas conservan el sello de autenticidad de esa mansión señorial a pesar de las reconstrucciones que sufriera el siglo pasado y a raíz del terremoto de 1940.



*Vista nocturna de la Casa Riva-Agüero
Lima, 1966*

Foto por José Gushiken

La Católica: una limosna y 10 alumnos

Alfredo Vignolo

Un sacerdote siempre risueño, de mirada bondadosa y hábito blanco, como su alma, libra en Lima una pacífica y heroica batalla. Es para poner al alcance de la juventud peruana una nueva universidad en la que, además de encontrar enseñanzas útiles para las exigencias materiales de la vida, tenga una formación espiritual capaz de prepararla para desempeñar un papel preponderante humano y cristiano, de hondo contenido social. Y, sobre ello, alentado al máximo con el mayor concepto sobre el significado y contenido de la Patria.

El ideal y el propósito, pues, no son cortos. Por eso todo parece adverso para su consecución. Hasta los amigos. Menos la fe y el tesón, la confianza en la obra y la seguridad en el triunfo.

Virtualmente sin dinero y sólo con dos salas disponibles del antiguo Colegio de los Sagrados Corazones -la Recoleta- en la Plaza Francia, surge la institución, con diez valientes jóvenes quienes, sin miedo a nadie ni a nada, se matricularon como alumnos.

Así nació, hace medio siglo, la Universidad Católica del Perú, que hoy tiene 6,600 alumnos.

El hombre predestinado, el Enviado de Dios que fundó esta Universidad limeña -la segunda de entonces- fue el R.P. Jorge Dintilhac, S.S.CC., francés de nacimiento pero con un gran corazón de peruano que dejó de latir el 13 de abril de 1947. Dos días después la UC conmemoraba su 30° aniversario.

Días de leyenda...

Los días iniciales del año fueron decisivos para la Universidad Católica de Lima, en 1917.

La anciana señorita Josefina Araraz dejó una limosna... El Arzobispo de Lima, Monseñor Pedro García Naranjo, dio su bendición. La prensa local brindó su desdén. La sociedad limeña y en especial las familias preocupadas por la formación superior de sus hijos, ofrecieron su confianza.

Y el Gobierno, en esa época bajo la presidencia de don José Pardo, emitió la partida de nacimiento de la Universidad mediante Decreto que reconocía *"la fundación de la nueva Facultad privada de Letras, con el nombre de Academia Universitaria"*.

¡El triunfo!

Aún no.

Porque en lo concerniente a los exámenes, el Gobierno pidió informe a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Y la Universidad Católica sólo podía eximirse de ese trámite si, acogiéndose a la Ley Orgánica de Instrucción, se constituía en Universidad libre. Pero necesitaba un mínimo de dos facultades.

Así lo hizo. La Universidad Católica nació como tal con sus facultades de Letras y Derecho, llamada ésta en esos días, de Jurisprudencia.

Las primeras matrículas, ese primer año de actividades, fueron únicamente para alumnos de Letras; no hubo más.

El martes 17 de abril de 1917 se iniciaron las clases, dos días después de la Primera Misa Votiva al Espíritu Santo, ofrecida por la flamante Universidad Católica limeña en la Iglesia de la Recoleta.

| | | | |
|----------|----|---|----------|
| | | Saldo para Abril. | 3,059.90 |
| | | <u>Donativos mensuales.</u> | |
| Recibo # | 4 | Sra. Rosa Mujica de Bentin. | 50.00 |
| " | 12 | Sr. Dr. J. M. Samanie. | 10.00 |
| " | 14 | Sta. Jesus Arraras. | 10.00 |
| " | 15 | Sra. Rosa Mujica de Bentin. | 50.00 |
| " | 16 | Res. Padre Cosme. | 50.00 |
| " | 17 | Union Catolica de Sras. | 50.00 |
| " | 18 | Sta. M. Josefa Arraras. | 50.00 |
| " | 19 | Sra. Jesus B. de Elias. | 100.00 |
| " | 20 | " Dorisca J. de Ugalde. | 10.00 |
| " | 21 | Mons. Belisario Phillips. | 10.00 |
| | | | 370.00 |
| | | <u>Entradas diversas.</u> | |
| " | 22 | Al Padre Dintilhac por venta de gramaticas. | 4.00 |
| | | <u>Derechos de matricula.</u> | |
| " | 2 | Sr. Gregorio Campillo. | 40.00 |
| " | 4 | " Alberto Roy y Lama. | 40.00 |
| " | 5 | " Manuel Sizarro. | 40.00 |
| " | 6 | " Jose Carlos Mariategui. | 40.00 |
| " | 7 | " Cesar Falcon. | 40.00 |
| " | 8 | " Francisco Meneses. | 40.00 |
| " | 9 | " Glicerio Fassara. | 40.00 |
| " | 10 | " Felipe Oribuela. | 40.00 |
| " | 11 | " Alberto Patiño. | 40.00 |
| | | | 360.00 |

Registro de ingresos en el primer libro de caja de la Universidad Católica
Lima, abril de 1917

Corazones de acero

Si se ha dicho que los primeros alumnos fueron valientes, de veras, no lo fueron menos los primeros catedráticos, ya que las dudas, la pobreza franciscana de la naciente Universidad y el enfrentamiento a un ambiente adverso, influyeron para que muchos invitados a enseñar se excusaran cortésmente.

Por eso los primeros maestros tuvieron un corazón de acero, resistente a toda la dureza del momento.

La UC recuerda con orgullo y gratitud a esos maestros: el R.P. Pedro Martínez Vélez, O.S.A.; el doctor Carlos Arenas y Loayza; el doctor Raymundo Morales de La Torre; el doctor Jorge Velaochaga; el doctor Víctor V. González Olaechea y el padre franciscano F. Cheesman Salinas.

Ahora, 50 años después, los catedráticos y profesores que enseñan en la UC suman 479.

Su misión la ofrecen en las facultades, escuelas e institutos que funcionan prácticamente en todo Lima, esparcidos en 12 locales.

2 Cancilleres y 4 Rectores

El 30 de setiembre de 1942 la Universidad Católica del Perú fue elevada al rango de Pontificia, como distinción por sus merecimientos en el campo de la enseñanza y la formación cristiana de la juventud.

Ello trajo consigo una mayor y paternal atención de parte de la Iglesia Católica hacia esa Universidad, mediante los máximos preladados.

Así, el Arzobispo de Lima y primer Cardenal del Perú, Su Eminencia Juan Gualberto Guevara, fue también el primer Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Ahora lo es Su Eminencia el Cardenal del Perú, Arzobispo Prímado de Lima, Juan Landázuri Ricketts.

Después del padre Jorge, fundador de la UC y su primer rector y maestro, asumió el cargo, a la muerte de aquél, el historiador y académico peruano, R.P. Rubén Vargas Ugarte, S.J., a quien sucedió Monseñor Fidel Tubino Mongilardi, actual Obispo Auxiliar de Lima y cuya obra, en favor de la Universidad, será impecable.

En estos momentos rige los destinos de la UC el sacerdote jesuita R.P. Felipe Mac Gregor, con el rango de Rector Pontífico. Él es vicepresidente de la Federación Internacional de Universidades Católicas, vocal de la Unión de Universidades de América Latina, miembro del Consejo Ejecutivo Inter-Universitario del Perú y acaba de presidir en Lima, la reunión de Rectores de Universidades Católicas de América Latina. Está orientando su gestión hacia nuevos campos de renovación y progreso en la Universidad que celebra en este mes jubilar de octubre, medio siglo de vida y servicio.

La mano de Dios

La Universidad Católica del Perú llega así a su cincuentenario llevada de la mano de Dios.

Este es el convencimiento de todos cuantos integramos la creciente familia de esta Casa. Porque solamente así ha sido posible subsistir y realizar una empresa de tal magnitud que, prolongada en el tiempo, prevalece, en enhiesta, pujante, fecunda y generosa, distribuyendo la semilla que con tanta visión sembró su fundador, hoy simbólicamente presente en la escultura que alumbraba de nuevas esperanzas desde ese ángulo risueño de la Plaza Francia -donde el último miércoles hubo una peregrinación histórica de generaciones formadas en esta Universidad- frente a lo que no es sino un local de profundo significado histórico y sentimental.

Y es esa asistencia divina la que permitirá nuevas realizaciones en la UC, tal como, entre otras, su ciudad universitaria, en el Fundo

Pando, cuya área total, en tres etapas de realización, debe abarcar 94,242 m² y donde, desde hace años, solamente se ha podido levantar los locales para las facultades de Agronomía e Ingeniería, porque los fondos siguen exiguos, limitados, casi apremiantes.

Pero esta realidad no impide que la UC cumpla su destino de servicio en favor de la juventud y del país y de franca democratización de la educación superior.

Una evidencia más de esta verdad está en el costo de la enseñanza que ofrece por estudiante, costo que, para no recargarle al usuario -jóvenes pudientes en unos casos y, en otros, gente modesta, inclusive obreros- es cubierto en algo más del cincuenta por ciento por la propia Universidad, con sus rentas, provenientes casi en su totalidad del legado Riva-Agüero.

Porque la UC no tiene subsidios del Estado ni otros ingresos formales, no obstante el rango de la Universidad Nacional que ostenta.

En 1966 esta Universidad tuvo un presupuesto de S/. 21'395,181.00. Para el año en curso, cuyo ejercicio terminará en marzo de 1968, su presupuesto es de 31'500,000.00 suma que, naturalmente, le impide realizar, en toda su magnitud, el inmenso programa de trabajo que está, como la existencia misma de la UC, en la mano de Dios, presente entre todos sus profesores y alumnos, en cada hombre de buena voluntad...

[1967]

La U.C. en 1932

Alberto Wagner de Reyna

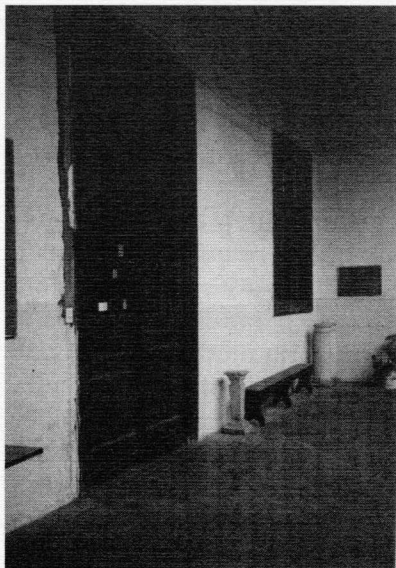
En aquel tiempo había cinco universidades en el Perú. Una, mayor -San Marcos-, y tres menores -Arequipa, Cuzco y Trujillo-, a las que se añadía una *particular*, la cenicienta de la familia: la Universidad Católica. Estaba ésta flojamente vigilada por el Ministerio de Justicia, Instrucción, Culto y Beneficencia, cuya Dirección de Enseñanza Superior nombraba los jurados de exámenes y grados y expedía -a nombre de la Nación- los títulos que otorgaba (si así se puede decir) la *Católica*.

Ya se había superado el menosprecio y desconfianza iniciales por la *Academia Dintilhac* (como la llamó por periódicos, alertando contra ella a la opinión pública, el rector de San Marcos el año de su fundación), pero aún era una entidad diminuta, cuyos catedráticos -algunos muy eminentes- eran profesionales católicos que ejercían el cargo casi gratuitamente por servir a la Iglesia. (A 90 soles mensuales por cátedra, cuando había fondos).

Tenía la Universidad, en la plazuela de la Recoleta (hoy plaza Francia), su sede *central*, calificativo necesario pues por esos días abría ella, en la calle de Botica de San Pedro, (hoy cuarta cuadra del jirón Miró Quesada), su facultad de Ingeniería (decano: el ingeniero de minas don Jorge Félix Remy e inspirador y fuerza motriz: el matemático y humanista don Cristóbal de Losada y Puga, titular de rico anecdotario). También formaba parte una Escuela Técnica de Comercio, ubicada en la avenida de la Amargura, que era considerada como el *pariente pobre* de la casa.

Las facultades de Letras y Derecho -ya sólidamente establecidas- funcionaban, como he recordado en otro *Cuaderno* de este Archivo¹, en una parte del colegio de la Recoleta. Demás está decir que

¹ *Cuadernos del Archivo de la Universidad* 7. *Figuras del viejo claustro*. Lima: PUCP, 1998, p.8.



*Oficina del Rectorado y de la
Secretaría General en 1932*

el local y la adyacente iglesia eran más de la comunidad religiosa de los SS.CC. -propietaria del predio- que de nosotros: algunos de sus miembros alojaban en los altos del edificio. Esta convivencia correspondía a una realidad jurídica pues la Universidad estaba encomendada canónicamente a esa congregación -que aparte del rector, que a ella pertenecía- nombraba un representante en el Consejo Superior, instancia máxima de la Institución.

El ambiente era pues francamente *recoletano* y se diría una prolongación del colegio vecino. Y en efecto, al comenzar el año lectivo 1932, el contingente mayoritario de

alumnos de *primero de Letras* provenía del *quinto de media* de ese plantel. Yo, que salía del colegio alemán pero había cursado *tercero de primaria* en la *Peneca* de la Recoleta, me encontré así en un medio familiar con mis antiguos condiscípulos. Creo que en total no llegábamos a cincuenta los *cachimbos* en la inauguración del curso.

La situación cambió de pronto con la clausura de San Marcos por el gobierno. Muchos estudiantes trasladaron su matrícula o simplemente se inscribieron en la UC con un pequeño y tolerado atraso. Ésta se convirtió de la noche a la mañana en *la* universidad limense. Y desde esa fecha comenzó su auge. Felizmente el ambiente continuó siendo tranquilo y casi monacal, pese al espectacular aumento del alumnado. Quien iba a la *Católica* quería -alejado de la agitación callejera- trabajar en paz, y -por añadidura- sabía que se hallaba en terreno notoriamente cristiano.

La inmensa mayoría de los estudiantes eran muchachos; las chicas representaban una excepción que alegraba el panorama. Agitadores no había, pero sí conversadores y simpáticos *bausas* en los dos

pequeños patios, en el segundo de los cuales se había edificado una modesta biblioteca inaugurada ese año. Al comenzar las clases, algunos profesores -por ejemplo el padre Vargas Ugarte- solían pasar lista, aunque la asistencia a ellas no era obligatoria. Todo esto en una plácida atmósfera de confianza entre docentes y alumnos.

Diversas materias -pertenecientes a la historia, literatura y filosofía- se dictaban sólo cada dos años, de modo que se reunían en un único curso a los estudiantes de *primero* y *segundo*. Este sistema, debido a la escasez de medios, determinaba algunas paradojas -*verbi gratia* que algunas promociones estudiaran la historia moderna antes que la antigua-, pero tenía la ventaja de fundir en un sólo grupo a toda la facultad de Letras. A los dos años se obtenía el grado de bachiller (condición para matricularse en Derecho). El doctorado, en continuación de esos dos años, requería algunos semestres más, en condiciones a ratos azarosas -pero no invencibles- pues no siempre estaban provistas las cátedras de la sección doctoral.

Con estas carencias y dificultades -o quizá, precisamente, en virtud de ellas- se establecía una solidaridad de toda la comunidad académica, que convertía posibles problemas en meros tropiezos y favorecía un grato ambiente de amistad y llaneza. Alma de este cuerpo era el padre Jorge, nuestro querido rector, enteramente dedicado a la Universidad, cercano a los alumnos, siempre disponible: bastaba salir al patio durante el recreo para encontrarse con él y ser escuchado con sobria -pero eficaz- benevolencia.

Quienes ingresamos aquel año a la UC -creo que quedamos pocos- guardamos el recuerdo de esos días felices como un tesoro que nada ni nadie nos podrá robar. Fue un tiempo en que gracias a nuestra alma *mater*, y en medio de un mundo de incertezas, fue posible forjar a la vez alegre y seriamente nuestro propio destino. El solazado sosiego que se respira en esa parcela -pequeña y fecunda- de fe en Dios, estudio y confraternidad se proyecta benéfica a lo largo de las vicisitudes de vida. ¿Cómo no rememorar -y añorar- la UC en el año de gracia de 1932?!

París, en adviento del A.D.MM.

Índice

| | |
|--|----|
| Presentación, por Hugo Palacios Gomero, profesor principal del Departamento Académico de Ciencias Administrativas | 5 |
| Recuerdos de la Facultad de Jurisprudencia de la UC en la que yo estudié y me gradué, entre 1932 y 1937, por Ernesto Alayza Grundy | 7 |
| Un patio, un zaguán y una pileta, por Camilo N. Carrillo Gómez | 12 |
| Treinta años del TUC, por Luis Jaime Cisneros | 17 |
| Semblanza de un exalumno, por Daniel Díaz Herencia | 27 |
| Casa del Instituto Riva-Agüero, por Héctor Velarde | 35 |
| La Católica: una limosna y 10 alumnos, por Alfredo Vignolo | 36 |
| La U.C. en 1932, por Alberto Wagner de Reyna | 42 |

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Vanessa Veintemilla Minaya
Carmen Guevara Regalado
Pablo Páucar Chumpitaz
Archiveros

María Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Diego del Río Figueroa
Guillermo Alan García Capcha
Juan Alberto Uchuya Lagos
Alumnos colaboradores

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

El número 31 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta PUCP (San Miguel, Lima) el 28 de octubre del 2002, festividad del Señor de los Milagros, patrono de Lima. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.